

cuando despareció de entre los vivos, tras haber sido
contado por Juan de Dios
Y si así es, en el momento de la muerte, el alma
un mundo donde se cobra y se paga el precio
cuerpo: después de haber sido el alma en el mundo
físico; después una semana en el purgatorio, como se
para por toda su existencia, los que en el mundo
pecho, que sería un mundo en el que se paga el precio
había incomprendible que no sea el mundo de los
pícaras; después, con algunas excepciones, en el mundo
después un siglo de pena en el purgatorio, como se
después la pena de la eternidad en el mundo de los
justos, y en el castigo de la eternidad en el mundo de los
de tener conciencia de su pecado, como se paga el precio
ni pensamiento; después una semana en el purgatorio, como se
fueron en el mundo de los vivos, como se paga el precio
evento de la muerte, como se paga el precio de la vida
esta por espacio de un siglo en el purgatorio, como se
con la pena de la eternidad en el mundo de los justos,
concedida, como se paga el precio de la vida en el mundo
no dolor en el mundo de los vivos, como se paga el precio
concedida en el mundo de los justos, como se paga el precio
esta eternidad.

EPISODIOS NACIONALES

TRAFALGAR

BIBLIOTECA DE "EL UNIVERSAL."

B. PEREZ GALDOS

EPISODIOS NACIONALES

TRAFALGAR



MEXICO.

IMPRESA DE "EL UNIVERSAL," DON JUAN MANUEL, NÚM. 3.

1899.

EPISODIOS NACIONALES
TRAFALGAR

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID
D. PEREZ GALDOS

EPISODIOS NACIONALES

II TRAFALGAR



MEXICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
1900

TRAFALGAR

I.

Se me permitirá que antes de referir el gran suceso de que fuí testigo, diga algunas palabras sobre mi infancia, explicando por qué extraña manera me llevaron los azares de la vida á presenciar la terrible catástrofe de nuestra marina.

Al hablar de mi nacimiento, no imitaré á la mayor parte de los que cuentan hechos de su propia vida, quienes empiezan nombrando su parentela, las más veces noble, siempre hidalga por lo ménos, si no se dicen descendientes del mismo emperador de Trapisonda. Yo, en esta parte, no puedo adornar mi libro con sonoros apellidos, y fuera de mi madre, á quien conocí por poco tiempo, no tengo noticia de ninguno de mis ascendientes, si no es de Adán, cuyo parentesco me parece indiscutible. Doy principio, pues, á mi historia como Pables, el buscón de Segovia; afortunadamente Dios ha querido que en esto solo nos parezcamos.

Yo nací en Cádiz, y en el famoso barrio de la Viña, que no es hoy, ni menos era entonces; academia de buenas costumbres,

La memoria no me dá luz alguna sobre mi persona y mis acciones en la niñez, sino desde la edad de seis años, y si recuerdo esta fecha, es porque la asocio á un suceso naval de que sí hablar entonces: el combate del cabo de San Vicente, acaecido en 1797.

Dirigiendo una mirada hacia lo que fué, con la curiosidad y el interés propios de quien se observa, imágen con fusa y borrosa, en el cuadro de las cosas pasadas, me veo jugando en la Caleta con otros chicos de mi edad poco más ó menos. Aquello era para mí la vida entera; más aún, la vida normal de nuestra privilegiada especie; y los que no vivían como yo, me parecían áeres excepcionales del humano linaje; pues en mi infantil inocencia y desconocimiento del mundo, yo tenía la creencia de que el hombre había sido creado para la mar, habiéndole asignado la Providencia, como supremo ejercicio de su cuerpo, la natación, y como constante empleo de su espíritu el buscar y recoger conchas, ya para arrancarles y vender sus estimadas bocas, que llaman de la Isla, ya para propia satisfacción y regalo, mezclando así lo agradable con lo útil.

La sociedad en que yo me crié era, pues, de la más ruda, incipiente y soez que puede imaginarse, hasta tal punto, que los chicos de la Caleta éramos considerados como más canallas que los que ejercían igual industria y desafiaban con igual brio los elementos en Puntales; merced á cuya diferencia, uno y otro bando nos considerábamos como rivales, y á veces mediamos nuestras fuerzas en la Puerta de Tierra con grandes y ruidosas pedreas, que manchaban el suelo de heroica sangre.

Cuando tuve edad para meterme de cabeza en los negocios por cuenta propia, con objeto de ganar honra lamenté algunos cuartos, recuerdo que lucí mi travesura en el muelle, sirviendo de introductor de embajadores á los muchos ingleses que entonces como ahora nos visitaban. El muelle era una escuela ateniense para de pabillos en pocos años, y yo no fui de los alumnos menos aprovechados en aquel vasto ramo del saber humano, así como tampoco dejé de sobresalir en el merodeo de la fruta, para lo cual ofrecía ancho campo á nuestra iniciativa y altas especulaciones la plaza de San Juan de Dios. Pero quiero

pasar punto en esta parte de mi historia, pues hoy recuerdo con verdadera tan grande envilecimiento, y doy gracias á Dios de que me librara pronto de él, llevándome por más noble camino.

Entre las impresiones que conservo, está muy fijo en mi memoria el primer entusiasta que me causaba la vista de los barcos de guerra, cuando se fondeaban frente á Cádiz ó en San Fernando. Como nunca pude satisfacer mi curiosidad, viendo de cerca aquellas formidables máquinas, yo me las representaba de un modo fantástico y absurdo, suponiéndolas llenas de misterios.

Afinosos por imitar las grandes cosas de los hombres, los chicos hacíamos también nuestras escuadras, con pequeñas naves, rudamente talladas, á que poníamos velas de papel ó trapo, marinándolas con mucha decisión y seriedad en cualquier charco de Puntales ó la Caleta. Para que todo fuera completo, cuando venía algún cuarto á nuestras manos por cualquiera de las vías industriales que nos eran propias, comprábamos pólvora en casa de la tía Coscoja, de la calle del Torno de Santa María, y con este ingrediente hacíamos una completa flota naval. Nuestras flotas se lanzaban á tomar viento en Océanos de tres varas de ancho, disparaban sus piezas de cañón, se chocaban remedando sangrientos abordajes, en que se batía con gloria su imaginaria tripulación; cubríalas el humo, dejando ver las banderas, hechas con el primer trapo de color encontrado en los basureros; y en tanto nosotros bailábamos de regocijo en la costa, al estruendo de la artillería, figurándonos ser las naciones á que correspondían aquellos barcos, y creyendo que en el mundo de los hombres y de las cosas grandes, las naciones bailarían lo mismo, presenciando la victoria de sus queridas escuadras. Los chicos ven todo de un modo singular.

Aquella era época de grandes combates navales, pues había uno cada año, y alguna escaramuza cada mes. Yo me figuraba que las escuadras se batían unas con otras pura y simplemente porque les daba la gana, ó con objeto de probar su valor, como los guapos que se citan fuera de puertas para darse de navajazos.

Me río recordando mis extravagantes ideas respecto á las

cosas de aquel tiempo. Oía hablar mucho de Napoleón, ¿y cómo creen ustedes que yo me lo figuraba? Pues nada menos que igual en todo á los contrabandistas que, procedentes del campo de Gibraltar, se veían en el barrio de la Vifa con harta frecuencia; me lo figuraba caballero en un potro jerezano, con su manta, polaina, sombrero de fieltro, y el correspondiente trabuco. Según mis ideas, con este pergenio y seguido de otros aventureros del mismo empaque, aquel hombre, que todos pintaban como extraordinario, conquistaba la Europa, es decir, una gran isla, dentro de la cual estaban otras islas, que eran las naciones, á saber: Inglaterra, Génova, Londres, Francia, Malta, la tierra del Moro, América, Gibraltar, Mahón, Rusia, Tolón, etcétera. Yo había formado esta geografía á mi antojo, según las procedencias más frecuentes de los barcos, con cuyos pasajeros hacía algún trato; y no necesito decir que entre todas estas naciones ó islas, España era la mejorcita, por lo cual los ingleses, unos á modo de salteadores de caminos, querían cejársela para sí. Hablando de esto y de otros asuntos diplomáticos, yo y mis colegas de la Caleta, decíamos mil frases inspiradas en el más ardiente patriotismo.

Pero no quiero cansar al lector con pormenores que sólo se refieren á mis particulares impresiones, y voy á concluir de hablar de mí. El único ser que compensaba la miseria de mi existencia con un desinteresado afecto, era mi madre. Sólo recuerdo de ella que era muy hermosa, ó al menos á mí me lo parecía. Desde que quedó viuda se mantenía y me mantenía lavando y componiendo la ropa de algunos marineros. Su amor por mí debía ser muy grande.

Casi gravemente enfermo de la fiebre amarilla que entonces asolaba la Andalucía, y cuando me puse bueno, me llevó como en procesión á oír misa á la catedral vieja, por cuyo pavimento me hizo andar de rodillas más de una hora, y en el mismo retablo en que la oímos, puso, en calidad de exvoto, un niño de cera que yo creí mi perfecto retrato.

Mi madre tenía un hermano, y si aquélla era buena, éste era malo y muy cruel por añadidura. No puedo recordar á mi tío sin espanto, y por algunos incidentes sueltos que conservo

en mi memoria, colijo que aquel hombre debió haber cometido un crimen en la época que me refiero. Era marinero, y cuando estaba en Cádiz y en tierra, venía á casa borracho como una cuba y nos trataba fieramente, á su hermana de palabra, diciéndole los más horrendos vocablos, y á mí de obra, castigándome sin motivo.

Mi madre debió padecer mucho con las atrocidades de su hermano, y esto unido al trabajo tan mezquinamente retribuido, aceleró su fin, el cual dejó indeleble impresión [en mi espíritu, aunque mi memoria hoy puede apreciarlo sólo de un modo vago.

En aquella edad de miseria y vagancia, yo no me ocupaba más que en jugar junto á la mar ó en correr por las calles. Mis únicas contrariedades eran las que pudieran ocasionarme un bofetón de mi tío, un regaño de mi madre ó cualquier contra tiempo en la organización de mis escuadras. Mi espíritu no había conocido aún ninguna emoción fuerte y verdaderamente honda, hasta que la pérdida de mi madre me presentó la vida humana bajo un aspecto muy distinto del que hasta entonces había tenido para mí. Por eso la impresión sentida no se ha borrado nunca de mi alma. Transcurridos tantos años, recuerdo aún, como se recuerdan las medrosas imágenes de un mal sueño, que mi madre yacía postrada con no sé qué padecimiento; recuerdo haber visto entrar en casa unas mujeres, cuyos nombres y condición no puedo decir; recuerdo oír lamentos de dolor y sentirme yo mismo en los brazos de mi madre; recuerdo también refiriéndolo á todo mi cuerpo el contacto de unas manos muy frías, pero muy frías. Creo que después me sacaron de allí, y con estas indécisas memorias se asocia la vista de unas velas amarillas que daban pavorosa claridad en medio del día; el rumor de unos rezos, el cuchicheo de unas viejas charlatanas, las carcajadas de unos marineros ébrios, y después de esto la triste noción de la orfandad, la idea de hallarme sólo y abandonado en el mundo, idea que embargó mi pobre espíritu por alguna tiempo.

No tengo presente lo que hizo mi tío en aquellos días. Sólo sé que sus crueldades conmigo se redoblaron hasta tal punto que, cansándome de sus malos tratos, me escapé de la casa, de

seoso de buscar fortuna. Me fui á San Fernando, de allí á Puerto Real. Junctéme con la gente más perdida de aquellas playas, frías en héroes de encrucijada, y no sé cómo ni por qué motivo fui á parar con ellos á Medina Sidonia, donde hallándonos cierto día en una taberna, se presentaron algunos soldados de marina que hacían la leva, y nos desbaníamos, refugiándonos en la cual donde pudo. Mi buena estrella me llevó á cierta casa, cuyos dueños se apiadaron de mí, mostrándome gran interés, sin duda por el relato que de rodillas, bañado en lágrimas y con ademán suplicante, hice de mi triste estado, de mi vida, y sobre todo de mis desgracias.

A aquellos señores me tomaron bajo su protección librándome de la leva, y desde entonces quedé á su servicio. Con ellos me trasladé á Vejer de la Frontera, lugar de su residencia, pues sólo estaban de paso en Medina Sidonia.

Mis ángeles tutelares fueron D. Alonso Gutiérrez de Cisniég, capitán de navío, retirado del servicio, y su mujer, ambos de avanzada edad. Enseñáronme muchas cosas que no sabía, y como me tomara cariño, al poco tiempo adquirí la plaza de paje del Sr. Don Alonso, al cual acompañaba en su paseo diario, pues el buen inválido no movía el brazo derecho y con mucho trabajo la pierna correspondiente.

No sé qué hallaron en mí para despertar su interés. Siá duda mis pocos años, mi orfandad y también la docilidad con que les obedecía, fueron parte á merecer una benevolencia á que he vivido siempre profundamente agradecido. Hay que añadir á las causas de aquel cariño, aunque me esté mal el decirlo, que yo, no obstante haber vivido hasta entonces en contacto con la más desarrapada canalla, tenía cierta cultura ó delicadeza indígenita, que en poco tiempo me hizo cambiar de modales, hasta el punto de que algunos años después, á pesar de la falta de todo estudio, estaba en disposición de poder pasar por persona bien nacida.

Cuatro años hacía que estaba en la casa cuando ocurrió lo que voy á referir. No me exija el lector una exactitud que no es posible, tratándose de sucesos ocurridos en la primera edad y narrados en el ocaso de la existencia, cuando cercano á mi

fin, después de una larga y muy trabajosa vida, siento que el hielo de la senectud entorpece mi mano al manejar la pluma, mientras el entendimiento atarido intenta engañarse, buscando en el regalo de dulces ó ardientes memorias un pasajero rejuvenecimiento. Como aquellos viejos verdes que creen despertar su voluptuosidad dormida engañando los sentidos con la contemplación de hermosuras pintadas, así intentaré dar interés y lozanía á los mustios pensamientos de mi ancianidad, recalentándolos con la representación artificial de antiguas grandezas.

Y el efecto es inmediato. ¡Maravillosa superchería de la imaginación! Como quien repasa hojas hace tiempo dobladas de un libro que se leyó, así miro con curiosidad y asombro los años que fueron; y mientras dura el embeleso de esta contemplación, parece que un genio amigo viene y me quita de encima la pesadumbre de los años, aligerando la carga de mi ancianidad que tanto agobia el cuerpo como el alma. Esta sangre, tibio y perezoso humor que hoy apenas presta escasa animación á mi caduco organismo, se enardece, se agita, circula, bulle, corre y palpita en mis venas con acelerada pulsación. Parece que en mi cerebro entra de improviso una gran luz que ilumina y da forma á mil ignorados prodigios, como la antorcha del viajero, que esclareciendo la obscura cueva da á conocer las maravillas de la geología tan de repente, que parece que las crea; y al mismo tiempo mi corazón, muerto para las grandes sensaciones, se levanta, Lázaro llamado por voz divina, y se me sacude en el pecho causándome á la vez dolor y alegría.

Soy joven; el tiempo no ha pasado; tengo frente á mí los principales hechos de mi mocedad; estrecho la mano de antiguos amigos; en mi ánimo se reproducen las emociones dulces ó terribles de la juventud, el ardor del triunfo, el pesar de la derrota, las grandes alegrías así como las grandes penas asociadas en los recuerdos como lo están en la vida. Sobre todos mis sentimientos domina uno, el que dirigió siempre mis acciones durante aquel azaroso período comprendido entre 1802 y 1831. Cercano al sepulcro y considerándome el más inútil de los hombres, ¡cuántas veces brotar lágrimas de mis ojos, amor

to de la patria! En cambio, yo aun puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al ruin excéptico que te niega, y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día.

A este sentimiento consagré mi edad viril, y á él consagro esta faena de mis últimos años, poniéndole por genio tutelar ó ángel custodio de mi existencia escrita, ya que lo fué de mi existencia real. Muchas cosas voy á contar. ¡Trafalgar, Bailén, Madrid, Zaragoza, Gerona, Arapiles!... De todo esto diré alguna cosa, si no os falta la paciencia. Mi relato no será tan bello como debiera, pero haré todo lo posible para que sea verdadero.

II

En uno de los primeros días de Octubre de aquel año funesto [1805], mi noble amo me llamo á su cuarto, y mirándome con su habitual severidad (cualidad tan sólo aparente, pues su caracter era sumamente blando), me dijo:

—Gabriel, ¿eres tú hombre de valor?

No supe al principio qué contestar, porque, á decir verdad, en mis catorce años de vida no se me había presentado aún ocasión de asombrar al mundo con ningún hecho heroico; pero el oirme llamar *hombre* me llenó de orgullo, y pareciéndome al mismo tiempo indecoroso negar mi valor ante la persona que lo tenía en tan alto grado, contesté con pueril arrogancia:

—Sí, mi amo, soy hombre de valor.

Entonces aquel insigne varón, que había derramado su sangre en cien combates gloriosos, sin que por esto se desdefiara de tratar con confianza á su leal criado, sonrió ante mí, hizo-me seña de que sentara, y ya iba á poner en mi conocimiento alguna importante resolución, cuando su esposa y mi ama Doña Francisca entró de súbito en el despacho para dar mayor interés á la conferencia, y comenzó á hablar destempladamente en estos términos:

—No, no irás... te aseguro que no irás á la escuadra. Pues no faltaba más!... ¡A tus años y cuando te has retirado

del servicio por viejo! ¡Ay, Alonsito, has llegado á los setenta y ya no estás para fiestas!

Me parece que aun estoy viendo á aquella respetable cuanto iracunda señora, con su gran papalina, su saya de organdí, sus rizos blancos y su lunar peludo á un lado de la barba. Cito estos cuatro detalles heterogéneos, porque sin ellos no puede representársela mi memoria. Era una mujer hermosa en la vejez, como la Santa Ana de Murillo, y su belleza respetable habría sido perfecta y la comparación con la madre de la Virgen exacta, si mi ama hubiera sido muía como una pintura.

Don Alonso, algo aborardado como de costumbre, siempre que la oía, le contestó:

—Necesito ir, Paquita. Según la carta que acabo de recibir de ese buen Churruca, la escuadra combinada debe, ó salir de Cádiz provocando el combate con los ingleses, ó esperarles en la bahía, si se atreven á entrar. De todos modos, la cosa va á ser sonada.

—Bueno, me alegro—repuso Doña Francisca.—Ahí están Gravina, Valdés, Cisneros, Churruca, Alcala Galiano y Ataya. Que machaquen duro sobre esos perros ingleses. Pero tú estás hecho un trasto viejo, que no sirves para maldita de Dios la cosa. Todavía no puedes mover el brazo izquierdo, que te dislocaron en el cabo de San Vicente.

Mi amo movió el brazo izquierdo en un gesto académico y militar, para probar que lo tenía expedito. Pero Doña Francisca, no convencida con tan endeble argumento, continuó chillando en estos términos:

—No, no irás á la escuadra, porque allí no hacen falta escuadras como tú. Si tuvieras cuarenta años como cuando fuiste á la tierra del Fuero y me trajiste aquellos collares verdes de los Indios... Pero ahora... Ya sé yo que ese calzonzos de Marcial te ha calentado los cascotes anoche y esta mañana, hablándote de batallas. Me parece que el Sr. Marcial y yo tenemos que reñir... vuélvase él á los barcos si quiere, para que le quiten la pierna que le queda... ¡Oh, San José bendito! Si en mis quince hubiera sabido yo lo que era la gante de mar... ¡Qué tormento! ¡Ni un día de reposo! Se casa una para vivir

con su marido, y á la mejor viene un despacho de Madrid que en dos palotadas me le mandan qué se yo á donde; á la Patagonia, al Japón ó al mismo infierno.

Está una diez ó doce meses sin verla, y al fin si no se le comen los señores salvajes, vuelve hecho una miseria, tan enfermo y amarillo que no sabe una qué hacer para volverle á su color natural... Pero pájaro viejo no entra en jule, y de repente viene otro despachito de Madrid... Vaya usted á Tóledo, á Bres, á Nápoles, acá ó acullá, donde le da la gana al bribonzazo del Primer Consul... ¡Ah! si todos hicieran lo que yo digo, qué pronto las pagaría todas jantas ese caballerito que traía tan revuelto al mundo.

Mi amo miró sonriendo una mala estampa clavada en la pared y que, torpemente iluminada por ignoto artista, representaba al emperador Napoleón, caballero en un corcel verde, con el célebre redingote embadurnado de bermellón. Sin duda la impresion que dejó en mí aquella obra de arte, que contemplé durante cuatro años, fué causa de que modificara mis ideas respecto al traje de contrabandista del grande hombre, y ea lo sucesivo me lo representé vestido de cardenal y montado en un caballo verde.

—Esto no es vivir—continaó Doña Francisca agitando los brazos.—Dios me perdone, pero aborrezco el mar, aunque dicen que es una de sus mejores obras. ¡No sé para qué sirve la Santa Inquisición, si no convierte en cenizas esos endiablados barcos de guerra! Pero venga acá y dígame: ¿Para qué es eso de estarse arrojando balas y más balas, sin más ni más, puestos sobre cuatro tablas, que si se quiebran, arrojan al mar centenares de infelices? ¡No es esto teatar á Dios! ¡Y estos hombres se vuelven locos cuando oyen un cañonazo! ¡Basta gacía! A mí se me estremecen las carnes cuando los oigo, y si tolo pensara como yo, no habría más guerras en el mar... y todos los cañones se convertirían en campanas. Mira, Alonsito—añadió deteniéndose ante sí marido,—me parece que ya os han derrotado bastantes veces. ¿Queréis otra? Tú y esos otros tan locos como tú ¿no estais satisfechos después de la del 14? (1)

(1) Así se llamaba al combate del cabo de San Vicente.

Don Alonso apretó los puños al oír aquel triste recuerdo, y ne profirió un juramento de marino, por respeto á su mujer, á quien consideraba mucho.

—La culpa de tu obstinación en ir á la escuadra, añadió la dama, cada vez más furiosa, la tiene el picarón de Marcial, ese endiablado marinero, que debía haberse ahogado cien veces, y cien veces se ha salvado para tormento mío. Si él quiere volver á embarcarse con su pierna de palo, su brazo roto, su ojo de menos y sus cincuenta heridas, que vaya en buen hora, y Dios quiera que no vuelva aparecer por aquí...; pero tú no irás, Alonso, tú no irás porque estás enfermo y porque has servido bastante al Rey, quien por cierto te ha recompensado muy mal; y yo que tú, le tirarías á la cara al señor Generalísimo de mar y tierra los galones de capitán de navío que tienes desde hace diez años... á fe que debías haberte hecho Almirante cuando menos, que harlo lo merecías cuando fuiste á la expedición de Africa y me trajiste aquellas cuentas azules, que con los collares de los Indios me sirvieron para adornar la urna de la Virgen del Carmen.

—Sea ó no almirante, yo debo ir á la escuadra, Paquita, dijo mi amo.—Yo no puedo faltar á ese combate. Tengo que cobrar á los ingleses cierta cuenta atrasada.

—Bueno estás tú para cobrar estas cuentas, contestó mi ama, un hombre enfermo y medio baldado....

—Gabriel irá conmigo, añadió D. Alonso, mirándome de un modo que infundía valor.

Yo hice un gesto que indicaba mi conformidad con tan heroico proyecto; pero cuidé de que no me viera doña Francisca, la cual me habría hecho notar el irresistible peso de su mano, si observara mis disposiciones belicosas.

Esta, al ver que su esposo parecía resuelto, se enfureció más, juró que si volviera á nacer, no se casaría con ningún marino; dijo mil pestes del Emperador, de nuestro amado Rey, del Príncipe de la Paz, de todos los signatarios del tratado de subsidios, y terminó asegurando al valiente marino que Dios le castigaría por su inexcusata temeridad.

Durante el diálogo que he referido, sin responder de su

exactitud, pues sólo me fundo en vagos recuerdos, una tos recia y perruna, resonando en la habitación inmediata, anunciaba que Marcial, el marinero viejo, oía desde muy cerca la ardiente declamación de mi ama, que le había citado bastantes veces con comentarios poco benévolos. Deseoso de tomar parte en la conversación, para le cual le autorizaba la confianza que tenía en la casa, abrió la puerta y se presentó en el cuarto de mi amo.

Antes de pasar adelante, quiero dar de éste algunas noticias, así como de su hidalga consorte, para mejor conocimiento de lo que va á pasar.